

III

Trataba de casarse un joven, y el padre de la novia pedia informes de su conducta.

—No es mal muchacho—le contestó un compañero del candidato,—pero tiene un defecto bastante grave, que es el de no saber jugar á ningun juego.

—¡Hombre!—replicó el padre de la chica,—eso no me parece defecto, sino, al contrario, una buena cualidad.

—¡Cá! No, señor; es que no sabe jugar y.... juega.

Este viene á ser el caso de Alejandro Pidal.

—Tiene el defecto de no saber hacer versos, defecto que en sí no sería grave del todo. Pero el mal está en que no los sabe hacer y los hace.

Si, los hace. No se si por creer que un aspirante á personaje debe comenzar por meterse á todo, Alejandro se ha metido á hacer versos, lo menos dos veces.

Por cierto que la primera vez le salieron muy malos.

Y la otra vez peores.

La primera vez intentó escribir en verso uno de los Siete Dolores de la Virgen, y le resultó una descomposición verdaderamente dolorosa para la literatura pátria.

Por ahí anda impresa en un librejo, con otras seis, no tan malas como ella, aunque algunas no mucho menos.

Empieza así:

«Desierto está el camino de Sión, desierto
Y abandonado está.....»

¿Que les parece á ustedes del primer endecasílabo?... *Endecasílabo*, por llamarle algo...

Pues por lo demás, en la medida se parece á aquellos versos de Estrada en *El Pistón*:

«Desde el año cuarenta y tres,
Esto lo hemos visto casi todos;
No hay necesidad de protocolos,
Todo nos ha salido al revés.»

Así mide Alejandro:

«¡Desierto está el camino de Sión, desierto!»

¡Si tendrá oído el hombre!

¡Es claro! El autor de este verso no podía menos de llegar con el tiempo á entrar en la Academia.

Con versos así se llega de seguro.

Por estos disparates se camina
De la Academia al productivo asiento....

Después de tan gallardo comenzar decía Alejandro con muchísima prosopopeya:

«...Reina la calma
En el espacio azul, y un *sol de plomo*
Rayos de fuego en su extensión derrama.

¡Qué atrocidad! ¡Un sol de plomo!.....

Lo más que se podría conceder era que el sol enviara sus rayos á plomo, y algo así debió leer Alejandro en alguna parte.

¡Pero hacer de plomo al sol!.....

¡Un sol de plomo, *derramando* rayos de fuego!.....

Y sigue:

«Muda la brisa está, muda está el ave,
Todo *gime en silencio*, todo calla.....»

¿Gemir en silencio? Eso casi no puede ser..... y gemir y callar á un tiempo no puede ser sin casi. Si todo gime, no calla todo; con que decídase V. por una de las dos cosas.

«Muda la brisa está; muda está el ave,
Todo gime en silencio, todo calla,
Y *solo allá en Jerusalem* resuena.....»
(¡Oh! ¡qué verso, Dios mío, y qué desgracia!)
«Cuando á través del campo solitario
Una mujer, de un manto cobijada,
Seguida de un mancebo y tres mujeres.....»

(Una mujer..... seguida de tres mujeres..... se dice, seguida de otras tres, hombre.)

«*Hacia* el camino con trabajo avanza.....»

Sí, con trabajo, como hace Alejandro los versos, aunque malos.

Después habla de Dios, y dice que es

«El que *al* orbe forjó de una palabra.»

Malo es lo de la forja, que casi convierte á Dios en herrero, todo por no haber dicho en lugar de *forjó*, *formó* ó *creó*, como dice todo el mundo; pero además, no se dice que Dios formó *al* orbe, sino *el* orbe.

Verdad es que si Alejandro supiera gramática, ¿creen ustedes que hubiera llegado á académico?..... ¡Quiá! Tal vez ni siquiera á ministro.

Más abajo se expresa así hablando de Jesucristo:

«¡Con él los dos ladrones! Razón era;
Que el demonio en el mundo vil reinaba,
Y el mundo le robó, dándole al hombre
De redención la enseña sacrosanta.»

¿Quién robó el mundo? ¿A quién se le robó?
¿O fué el mundo el que robó al demonio?.....

No se entiende esto bien, y es natural que no se entienda; porque no se puede pedir claridad á un muchacho que ya estaba predestinado para académico.

Pero, según lo que parece más llano, Pidal llama en estos versos ladrón á Nuestro Señor Jesucristo.....

¡Bendito y alabado sea su nombre santísimo y adorable!

Y quiera en su infinita misericordia perdonarle á este pobre académico la irreverencia.

Sigamos, es decir que siga Alejandrino:

«Y detrás ¡ah! detrás va el pueblo, el pueblo.....»

Ha puesto dos pueblos porque para llenar el verso no bastaba uno.

«..... el pueblo, el pueblo
Que gritó ayer entusiasmado: *Hosanna*,
Y que hoy grita: *Crucifige*, mostrando.....»

¡Hombre! Esto no es verso ni cosa que lo parezca. Para que fuera verso habría que pronunciar *crucifige*, y no se dice así, sino *crucifige*, que además no se escribe con jota.

En fin, que la tal *poesía* de Alejandro es una de las mayores profanaciones que se han hecho de los sacrosantos misterios de nuestra Redención.

Y ahora verán ustedes la otra:

«Rey Alfonso: los reyes asturianos,
Al esgrimir su espada en el combate,
Con sus *heroicas* y *robustas* manos,
Besaban antes con piedad, *ufanos*,
La cruz que *le* servía de remate.»

¿A quién *le* servía de remate? ¿Al combate?

Y bueno que besaran con piedad; pero ¿por qué habían de besar *ufanos*?

Besarían humildes; sino que *humildes* no era consonante de *asturianos*, ni de *manos*; las cuales también eran *heroicas* y además *robustas* para acabar de rellenar el verso.

Otra estrofa:

«Rey Alfonso: los Reyes leoneses,
Al ceñir á su frente la corona
Desnudando *un momento* los arneses.....»

Ese momento no es en realidad un momento, sino un ripio.

A más de que eso de qué desnudarán los arneses.....

Los arneses siempre estaban desnudos.

Se desnudarían los reyes de los arneses, si acaso.

«Desnudando un momento los arneses
Delante de los bravos montañeses
(Todo este verso es ripio con sus cses)
(Poesía-Meneses)
Ante la cruz ungián su persona.»

Tampoco esto es verdad. No ungián su persona. Se hacían ungir.

¡Cuidado que es desgracia no acertar nunca!...

Y no conozco más hazañas poéticas de Alejandro, el cual tampoco en prosa ha escrito mucho.

Lo que ha hecho, ha sido hablar; eso sí, muchísimo.

En la Juventud Católica, en la Academia de Jurisprudencia, en la casa de Astrarena (mucha fachada y poca vivienda), cuando era redil del rebaño mestizo allí reunido con el pomposo nombre de *Unión Católica*, en el Congreso de los Diputados..... y en todas partes.

Hay quien dice que ha hablado también en la plaza de Santa Cruz, puesto encima de un coche; pero esto debe de ser una equivocación.

Le deben de haber confundido con algún otro sacamuelas.

Lo cierto es que á sus discursos se ha convenido en llamarlos brillantes, porque suelen tener períodos sin verbo, oraciones sin sujeto, y adjetivos completamente dislocados.

Por eso y porque da muchos gritos y hace muchos movimientos con la cabeza, estremeciendo las barbas, tiene fama de orador elocuente.

(A cualquier cosa llaman en las casas de huéspedes chocolate).

Y por eso también, por hablar mucho y mal, y escribir poco y peor, ha entrado en la Academia Española.

Y porque había entrado ya D. Víctor Balaguer; y después de la *pluma de gacela* el *lanzón de la legalidad* era indispensable en aquel bazar de desatinos.

Alejandro ha dicho que entraba por los méritos de su padre, pero en esto no deja de haber su poco de modestia.

Porque siendo la mejor condición para tener entrada en ese cuerpo de que forman la parte principal el conde de Cheste y el de Casa-Valencia, y el marqués de Auñón, y D. Pedro Madrazo y Mariano Catalina, la de no haber escrito nada, ó haber escrito muy poco, con tal que esto poco sea malo, es muy cierto que D. Pedro José Pidal tuvo condiciones de académico para sí y para toda su

descendencia; pero no es menos cierto que Alejandro Pidal, su hijo, aun prescindiendo de las heredadas tiene de suyo condiciones de sobra.

Como que no ha escrito en su vida más que los versos que ya conocen ustedes, y dos folletos, ambos inferiores. Uno sobre Santo Tomás, á quien, por supuesto, no entiende; y otro sobre la expulsión de los jesuitas de Francia, lleno de simplezas y de galicismos.

¡Ah! y algún mal artículo de periódico, llamando con desdén asalariados á los periodistas, cuyos padres no supieron, es decir, no quisieron llegar por el camino de la política desde promotores fiscales á millonarios.

¡Ah! y otra cosa.

También ha escrito el discurso de recepción en la Academia.

Pero este merece artículo aparte.

IV.

La cosa tiene gracia.

¡Si yo les dijera á ustedes que un académico de la lengua en vísperas de serlo oficialmente, ó sea una docena de días antes de hacer su entrada triunfal en el cobradero literario de la calle de Valverde, por decir que no tenía hiel, y por no saber bastante castellano, dijo que no tenía corazón!...

Por no saber bastante castellano ni bastante fisiología.

Pero, en fin, que no sepan fisiología los académicos de la lengua, puede pasar; ahora, que no sepan castellano... aunque no puede pasar, también pasa.

¡Vaya si pasa!

Ya tenía Alejandro Pidal, el hijo segundo de D. Pedro José, concedido por unanimidad (!!!) un asiento en la Real Academia Española de la Lengua, ya tenía escrito y hasta impreso su discurso de recepción, ya estaban fijados el día y la hora y repartidas las invitaciones para la fiesta, cuando pronunciaba

el mismo Pidal en el púlpito profano de la famosa casa de Astrarena y escribía luego en cuartillas para publicar en *La Unión*, con acento, entre otras alabanzas personales, estas palabras:

«Ahora bien, señores: yo que no tengo hiel en el corazón, y no por mérito propio, sino porque se me ha negado esa entraña...»

El corazón. Ya lo ven ustedes. El orador, llamémosle así, de la casa de Astrarena, confiesa que no tiene corazón, y como por otra parte debe de ser verdad, si no lo hubiera dicho sin querer, sería cosa de perdonarle su ignorancia gramatical y fisiológica, por la franqueza...

Y cuidado que una y otra ignorancia son de bulto.

Porque no saber que la hiel no está en el corazón sino en el hígado, y no saber que cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si se quiere que un verbo se refiera al primero, hay que decir *aquél*, y si se dice *éste* ó *ése* se refiere siempre al más inmediato, es cuanto se puede ignorar en estos días.

—¿Y eso es un académico?—preguntará algún lector medio asombrado.

—Sí, señor; eso es un académico, ó mejor dicho, eso son casi todos. Y desde luego este Alejandro que lo era ya electo cuando de esa manera desbarraba, lo es efectivo desde el último domingo de Abril del año 83, y cobra

sus duros correspondientes todas las noches que, por no tener otra tertulia más divertida, acude á la casita baja de la calle de Valverde á matar el tiempo... y el castellano.

Por cierto que el día que Alejandro perpetró su entrada oficial en la Academia, el salón de recepciones estaba brillante, cuajado de seda y de lujo.

Predominaba el bello sexo. Estaban allí todas ó casi todas las mujeres de los moderados, aquellas que, según la frase de Balmes, piden á las puertas de los templos limosna á los carlistas para sostener el culto, después que sus maridos se apoderaron de los bienes de la Iglesia que malvendieron los progresistas.

Allí estaban todas las que bailan para remediar las necesidades de los pobres... y, ¡válgame Dios, con qué entusiasmo aplaudían al neófito cuando recordaba, así por encima, las glorias de la España realista y católica!

Con el mismo entusiasmo ó casi con el mismo con que suelen aplaudir las comedias *verdes* de Dumas, hijo, ó los cantares estúpidos é impíos del ciego de *Cádiz*.

El discurso del nuevo académico, hay que hacerle justicia, tenía excelente papel y estaba lujosamente impreso.

No sé si tenía alguna otra cosa que alabar... Creo que no.

El estilo... El estilo es el hombre, suele

decirse, pero allí había que decir que el estilo era el académico.

Porque todos los que no tienen estilo, como Pidal, ó le tienen malo, escriben en el mismo estilo de la Academia.

En el primer párrafo se encuentra ya un período que dice:

«Obligar al que conmovido y absorto traspasa por primera vez estos umbrales, á usar *del magisterio* de la palabra (*usar del magisterio!... usar del uso*, como quien dice), cuando penetrado su espíritu de la *más* sincera humildad, reclama *ansioso* el *más* solemne recogimiento, sería insigne inhumanidad...»

Sería *la más* insigne inhumanidad, debiera decir para no dejar á la inhumanidad desairada ante la humildad y el recogimiento, que son cada cual *el más* en su esfera.

El segundo párrafo empieza así:

Porque á la verdad, hay cosas en la vida en que se cree y en que se espera...»

Ustedes creerán que esto *en que se cree y en que se espera es la vida*, la vida académica, por ejemplo, ó más caritativamente pensando, la vida perdurable.....

Pues no es la vida, que son las cosas, lo cual se llega á saber un rato después, por el contexto.

El párrafo tercero y el cuarto los dedica Alejandro á hablar de sí mismo, bien, por supuesto; y el quinto, y el sexto, y el sétimo y no sé cuántos más, á hablar bien de su padre.

En este punto llegó á considerar á D. Pedro José como un gran escritor y un gran hablista, y á decir que su apellido le daba derecho á entrar en la Academia por *herencia*, con otras muchas cosas más ó menos simples, que hay que perdonarle.

Porque últimamente, si á un exministro moderado de los más funestos para la patria, no le elogiaban sus hijos, quién había de hablar en su elogio?

Á más de que también tiene razón Alejandro en proclamar su derecho hereditario para ser académico de la lengua.

Lo fué su padre que escribía y hablaba tan mal como él, por lo menos tan mal como él, lo son otros muchos que escriben y hablan lo mismo, y dirigiendo aquello el conde de Cheste, y mandando allí como rey absoluto D. Antonio Cánovas, nadie tiene mejor derecho á entrar que los malos escritores, especialmente los que también son hijos de malos escritores.

«Breve sería el cuadro que mi *diestra trazase...*» decía luego, para probar sin duda con ese *tra tra*, que, si no tiene oído, tiene facilidad de pronunciar las combinaciones más enrevesadas de letras.

Después elogiaba al conde de Guendulain, su antecesor en la silla, por haber sido consecuente *liberal*, y decía que la venida de don Alfonso «dió *felice fin* á la revolución españo-

la», lo cual venía á ser un memorial para que le hiciera ministro.

Después también jugó á los soldados. No podía menos. Alejandro el del *lanzón de la legalidad*, por lo mismo que es la antítesis perfecta del soldado, no habla nunca ni escribe sin presentarse como militar... de cartón-piedra.

«Suelto almogávar yo (decía) en la reconquista de los eternos fueros de la verdad á que asistimos, (¿asistimos á la verdad?) hecho á pelear por mi cuenta, con buena ó mala fortuna en todos los palenques.... abiertos á los mantenedores de todas las causas, nunca soñé que el toso y mellado hierro de mi palabra, bueno sólo para esgrimido entre el humo y la sangre de los combates.....»

¡Uf!...

No mate usted más, D. Alejandro...

Nada. Díganle ustedes á este hombre que no es militar; prohíbanle ustedes hablar del hierro, y del humo, y de la sangre, y de la espada, y de todas esas cosas, y se nos muere de repente...

Mas, con todo, no hay más remedio que decirselo. No señor, D. Alejandro, no; ni usted es soldado, sino burgués, ni es usted *almogávar suelto*, sino conservador atado al capricho de Cánovas; ni peleaba usted por la reconquista de los eternos fueros de la verdad, sino por la conquista de un sillón de ministro y seis mil duros del presupuesto con

más el coche y la cesantía de treinta mil reales; ni el hierro, ni la sangre, ni el humo tienen nada que ver con usted, que no ha sufrido más humo que el de algún cigarro de dos reales.

¡Qué afán por la milicia!

Otro párrafo empieza:

«El primer aspecto con que se ofreció á mi *consideración*... fué nacido de una *observación* arrancada por la *meditación*», y todos los acabados en *ón*.

En la página 11, hay un verso mucho mejor que el primero de la composición dolorosa, seguido de otro, que aunque no está bien medido, es consonante.

Están hechos sin querer y dicen así:

«...Surgiese ante mis ojos arrobados
entre los oradores sagrados...»

Estos defectillos, casi no lo serían en un artículo de periódico escrito de prisa, porque cualquiera padece un descuido de esos; pero en un discurso de gala, escrito en seis ó siete meses, y corregido y vuelto á corregir, prueban que el autor no tiene oído ni disposición para escribir, no solamente el verso, pero ni aun la prosa castellana.

Página 12. En el espacio de ocho líneas se encuentran las palabras *encarnación*, *manifestación*, *personificación*, *consideración*, *atención*, *ocupación*...

Todos estos ones
En ocho reglones.

¿Les parece á ustedes que el párrafo será armonioso?

En la página 15, hay un período de esta figura:

«Y la corona de Carlomagno que *se balanceaba* sobre la cabeza del nieto de Isabel la Católica y de *Maximiliano I*, mientras que Selim el Feroz *asumía* en el imperio turco el poder de los antiguos califas, *esperaba* precisamente el mismo día en que fuese coronado como Sultán en Constantinopla Solimán el Grande para ceñir en Aquisgram las sienes de Carlos V.»

Esto se llama escribir con claridad... académica.

O escribir para que no lo entienda nadie.

En la página 20 hay unos versos muy bonitos, aunque involuntarios, por el estilo de aquellos de la fábula de la ardilla y el caballo. Véanse:

«Como cuando
No bastando
Una sola
Palabra para abarcar
Toda la sublimidad...»

También tiene su poco de filosofía alemana el discurso de Pidal *junior*, tan involuntaria, caritativamente pensando, como los versos.

En la página 23 habla del «poder creador de la palabra del hombre», y en la siguiente,

después de hablar de la creación del mundo dice:

«...Así el hombre engendra su verbo en las profundidades de su mente, brota el amor de la belleza que le adorna, y la palabra en que se *encarna* esta idea, esta belleza y este amor, surge como una aparición radiante *en el silencioso seno de la nada*».

«Cuanto diciendo voy se me figura
Metafísica pura,
Puro disparatar...»

que dijo Espronceda.

Y todavía añade:

«Como de Dios se puede decir del hombre: *Dixit et facta sunt*; pues si Dios con su solo Verbo creó el universo de los seres, el hombre con sólo su palabra *ha creado un universo de ideas*, de sentimientos y determinaciones».

¿Está usted seguro?

Página 25:

«Mientras la tierra sea de *un solo labio* (una sola lengua) los hombres adorarán á un solo Dios, conocerán una sola verdad... cuando la confusión de las lenguas traiga consigo la dispersión de las razas, los dioses se multiplicarán...»

Majadería desmentida por la historia, pues muchos pueblos hablando una sola lengua adoraron multitud de dioses; y rechazada también por la razón, pues habiendo sido Dios el autor de la confusión de lenguas, vendría á ser el causante de la idolatría.

Inconvenientes de hablar del arquitrave.

Página 26:

«Los sauces en que mecieron suspendidas al aire sus cunas...»

En lugar de *se mecieron*, que es como se dice.

Página 34:

«San León que cierra *el paso de su botín* al bárbaro emplazado por la *cita misteriosa del destino* en el corazón enfermo del imperio, *para crugir* (¿quién?) como el azote de Dios, sobre la Europa desgraciada...»

—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

—¡Y cómo silo entiendo!—Mientes, Fabio...

Que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Cuidado con *el paso de su botín...!* para crugir...

Página 56:

«Con razón ha dicho un profundo escritor que veo sentado entre vosotros, que fué en suma de suyo grande y magnífico el siglo XVI, porque condensó *en él* todos los esfuerzos públicos ó latentes de la Edad media.»

La cita es de Cánovas.

El disparate no sé de quién será.

Sé que es un disparate decir de el siglo XVI que *condensó en él*, á no ser que sea en el escritor; porque siendo como parece, en el siglo, debía decir *en sí*.

Pero ¡vayan ustedes á averiguar!

Para decir ese disparate y otros mayores, tan seguros son el citante como el citado.

En la página 64 dice:

«...enlazaba *Foxo* Morcillo el genio de Platón...»

Sebastián Fox Morcillo, el egregio sevillano que escribió *De natura Philosophiæ, seu de Platonis et Aristotelis consensione*, el ilustre náufrago que, cuando volvía á España á ejercer el honroso empleo de maestro del príncipe D. Carlos para que le había nombrado Felipe II, fué víctima del furor de las olas, no se llamaba *Foxo*, se llamaba *Fox*.

¿Es que Alejandro ha visto en latín *Foxus* y lo ha traducido *Foxo*?

Sin duda este *Pidaló* y *Mono* hace lo que *El Globo*, que salió contándonos una aventura de *Cecilius*, *Calpurnius* y *Atilius*, porque así lo había leído, no en Tácito, como él decía, sino en un periódico francés.

Aunque bien puede ser que Alejandro lo tomara de Marcelino, que también incurre en la misma barbaridad, diciendo en un soneto muy malo, como todos los suyos:

«De Lulio y *Foxo* y Vives y Valencia.»

Página 70:

«...hizo de la *predicación* su oficio, su única y exclusiva *ocupación*,
en la que le sorprendió,
como en su cantar al cisne,
más que las sombras de la muerte, la aurora de la
inmortalidad.»

¡Hombre! ¿*Las sombras* le sorprendió?
Vaya, adiós, *Foxo*.

V.

Ustedes habrán oído decir que D. Manuel Cañete es poeta, y crítico, y hablista...

Pues han de saber ustedes que no hay tales Cañetes.

Vamos, que D. Manuel no es hablista, ni crítico, ni poeta, ni nada.

Por eso es académico.

Como hablista, me parece que habla bastante mal; creo que hasta echa pecados y todo.

Como crítico... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable.

Entiéndase que hablo de la conciencia profesional, no de la otra, porque no quiero meterme en la vida privada.

A más de que, sobre este punto, con decir que D. Manuel militó en el antiguo partido moderado, ya cualquiera sabe á qué atenerse.

Respecto á la conciencia profesional, es decir, á la conciencia que usa D. Manuel cuando ejerce de crítico, el Sr. Bonafoux averiguó